

Ernesto Mejía Sánchez, en cuanto que poeta, fue excepcionalmente dotado de virtud mágica. Mago de, y con, la palabra. Que fue su eterna prometida. I promessi sposi. Nunca su cónyuge. De ahí el misterio de lo inviolado, y su eficacia.

La misma palabra "palabra" era ya otra cosa si él la pronunciaba en sus poemas. Era un mago de la palabra. Mago, sí, en el sentido esotérico del término; y no porque como filólogo hiciera uso de su ciencia incursionando en recovecos del lenguaje, como Unamuno sí hacía abuso; no. El misterio de su palabra, más bien llana, corriente, tenía raíz en su propio ser.

Esto era en él condición, naturaleza, fatalidad. Generaciones de jóvenes envejecieron o desaparecieron prematuramente -Beltrán Morales, Rolando Steiner, Ernesto Gutiérrez-, fascinados por aquello de: "Isabel, el amor es un crimen", o: "Isabel no me ama"; frases más bien simples en su brevedad y sentido, pero que viniendo de él y dentro de su **ópera omnia**; están cargadas de no se sabe qué extrañeza.

Una escogencia, ciñéndose estrictamente a este criterio, de su poesía en verso y prosa, compondría un manual de iniciación al mundo fonoménico de esa cuarta dimensión que él, a veces, alcanzó a vislumbrar. - "In Nature's book of secrecy a little I can read"-, dice, con disimulada modestia, el vidente, en el Acto I, Escena II de ANTHONY AND CLEOPATRA: -"En el infinito libro secreto de la naturaleza puedo leer un poco"-.

Desde muy temprano, adolescente entre la pubertad y la edad adulta, escribió los poemas que un lustro más tarde formarían su primer libro, publicado en 1947, **ENSALMOS Y CONJUROS**. Un título de cuidado.

Es pertinente señalar que entre los poetas, mayores en edad y sapiencia, y fundadores del Movimiento granadino de Vanguardia -al menos no hay registro de ello en mi memoria, por las conversaciones y noticias impresas de esos años-, ninguno se preguntó de dónde podía llegarle a ese muchacho recién venido de Masaya, nítido, insectoide, aquella poesía insólita, diferente de la de ellos, sus maestros; diferente de la de nosotros, sus condiscípulos (EC, CMR); independiente, incluso, de las influencias españolas y latinoamericanas de la época.

Cualquier productor o consumidor serio de poesía, que se acerque a una pila donde el agua muerta enlama el cemento; o se detenga ante un macizo de hojas, flores y botones tintos de orfebrería erizada, inclinándose a escrutar su maravilla; o sorprenda a un pajarito moviéndose, no por voluntad como nosotros, sino por instinto, y que a su intruso paso desaparece, no pensará este observador en ningún poeta nicaragüense otro que Ernesto Mejía Sánchez, el brujo; como lo nombraba siempre en su recuerdo Elena Garro, por aquellos tiempos o destiempos esposa de Octavio Paz, en 1950, en París; anticipándose, con su clarividencia sibilaria a estas tardías observaciones.

*Heriberto  
Sánchez  
1995*

## DISPOSICION DE VIAJE

No estás aquí y sin embargo permaneces  
Caminas por el cuarto saboreándote  
ausente

No eres más que el recuerdo del que se irá  
Ves las fotografías y las cartas  
despidiéndose en el futuro inminente  
Casi no eres ya nadie, ni te vas ni  
te quedas, oscilas en el tiempo,  
te balanceas en la extensión  
como el colibrí giratorio  
que se sabe centro del universo.  
Estás en ninguna parte, como  
Aquel que brilla por su ausencia.

Ernesto Mejía Sánchez